



BIBLIOTECA DE AUTOR

LAURA ESPÍNDOLA CAMPBELL

El valle del olvido

EL GUARDIÁN LITERARIO

LAURA ESPÍNDOLA CAMPBELL

El valle del olvido



EL GUARDIÁN LITERARIO

Dedicatoria

A Fabio, el Bostero de mi Vida, mi amor, mi compañero.

A Roma y Simón, que son milagro y amor. Lo mejor que hice en la vida.

A mi mamá Kuky, por su amor e incondicionalidad.

A mis hermanas Silvina, Julieta y Ailén, a quienes amo y admiro. Mis pilares más importantes, mis cómplices, mis compañeras.

A la Nanín, mi abuela, mi musa inspiradora.

A Sabina, Renato, Eliseo, Nicolás, Tobías, Martina, Lautaro, Benjamín, Martín, Camila, Josefina y Lucía, mis sobrinas y sobrinos, que llenan de juventud e infancia mi rutina.

A mis amigas, mis compañeras de ruta, las mejores sin duda.

A Julián, el hermano varón que me regaló la vida.

A mis primas Laura y Paula y sus hermosas familias, por las alegrías y tristezas vividas, por la contención y la entrega de amor sin límites.

A Pablo, mi gran amigo.

A mi suegra, cuñadas y cuñados, comadres y compadres, por regalarme una familia hermosa.

A mi madrina y padrino, por acompañarme siempre.

A Silvia, la mejor coequiper del mundo, por su amor infinito.

A Paloma y Olivia, mis hermosas ahijadas.

A los que no están acá, pero están siempre conmigo: mi papá Horacio, mi abuela Adelaida y mi abuelo “el hijo”.

A ellos se los dedico y aprovecho para decirles ¡GRACIAS!

Agradecimientos

A Silvina Tabbush, la tutora de *El valle del olvido*, que me acompañó mientras iban brotando las palabras que le daban vida; que lo enriqueció con su mirada sensible y objetiva, con el mismo amor y compromiso que acompaña y enriquece cada uno de mis días.

Al escritor y periodista Pablo Montanaro, a la poeta y catedrática de TEA María Malusardi, a la profesora en Lengua y Literatura Chana Fernández y al profesor y doctor en Historia Pablo Scatizza, por brindarme su experiencia para jerarquizar la obra y por la dedicación y tiempo brindado. Agradezco haberme cruzado con personas con la calidez humana de ellos y su delicada sensibilidad.

A Manuel Lavandera, que entre acorde y acorde resolvió los cuellos de botella con los me encontré cuando buscaba datos concretos.

A Fabio Otero, el editor ignoto, que con amor y paciencia corrigió cada capítulo, encontrando el error casi imperceptible, gracias a su observación y a la pasión con la que encara cada cosa que se propone.

A Ailén Espíndola, que endulzó la vida de los personajes con su receta exquisita de chocolate cremoso.

A Laura Díaz y Marco Rodríguez Galera por su ayuda para resolver algunas inquietudes psicológicas y legales, respectivamente.

A Lionel Zaidenweg, por su aporte invaluable.

Índice

Primera parte

<i>El ciervo</i>	17
<i>La Florida</i>	23
<i>Aguaclara</i>	29
<i>Piedras preciosas</i>	39
<i>Santa Lucía</i>	49
<i>La súplica</i>	59
<i>El valle del olvido</i>	65
<i>El roble</i>	71
<i>Rubí</i>	81
<i>Los Gutiérrez casa de sabores</i>	93
<i>La traición</i>	105

Segunda parte

<i>El tiempo</i>	111
<i>Gema</i>	115
<i>Las dos mujeres</i>	121
<i>La lectura</i>	125
<i>U3</i>	131
<i>El aljibe</i>	135
<i>Receta</i>	141

*Las crisis te apartan del barullo y el ruido.
El tiempo se detiene y mientras el mundo gira indiferente,
uno lo mira paralizado.
Indefectiblemente, las crisis pasan.
Sobre sus huellas, hollín.
A su alrededor, silencio.
Y allí, acunado por el hastío y la desesperanza,
desde la ceniza renace el Ave Fénix.*



EL GUARDIÁN
LITERARIO

Primera parte



Capítulo 1. El ciervo

El humo era más intenso ese miércoles. Garabateaba desde la taza de porcelana y subía hasta esfumarse. El aroma era incitante. Patricio sacó una libretita del bolsillo interno de la campera y con letra clara anotó: “*Café espumoso, profundo, oscuro, delicioso. No pedir medialunas. Probar scones, tienen buena pinta – Café El Ciervo (Nov-84)*”. Era el más sabroso que había probado en los últimos meses. Patricio era un excelso catador de café.

Únicamente cuando iba a la confitería *Los Gutiérrez Casa de Sabores*, pedía una infusión distinta; el chocolate cremoso que se ofrecía como la exclusividad del lugar y que era varias veces más tentador, incluso, que el mejor café que haya probado.

Eusebio Gutiérrez y su esposa Adelaida habían llegado a la Argentina escapando de la Guerra Civil Española. Eran muy jóvenes cuando se juraron amor y respeto mutuo en una ceremonia sencilla y un tanto protocolar, sin imaginar que esa promesa la cumplirían, día tras día, hasta que los sorprendiera la muerte.

Adelaida era la hija de un sastre, hombre ermitaño y solitario que enviudó pocos años después del nacimiento de la niña. Su tía Emperatriz se encargó de criarla. Al momento de la muerte de su cuñada aparentaba estar pisando los sesenta, cuando en realidad tenía solo treinta y ocho años recién cumplidos. Con resignación había aceptado la responsabilidad que como única hija mujer le marcó el destino: cuidar y atender a sus padres y cuando ellos muriesen, encargarse de su hermano varón, cuatro años mayor. Nada podía hacer contra ello, más que cumplir con el mandato impuesto al pie de la letra. Y lo hacía con amor, aunque su cuerpo encorvado y su rostro endurecido que tanto la avejentaba reflejaran lo contrario.

Desde la muerte de su mujer, la vida del sastre quedó embargada por una profunda tristeza, solo interrumpida durante las horas que trabajaba en su atelier, entre organzas, terciopelos y las sedas más exquisitas que ingresaban a España.

Como sastre era exigente y dedicado. Sus creaciones, resultado de una mezcla perfecta entre la vanguardia parisina y esa estela lúgubre consecuencia del luto, se distinguían de las de sus colegas.

Como padre era ausente y frío. No recordaba siquiera la fecha de cumpleaños de Adelaida y había olvidado la edad de “la niña”, como la llamaba cuando se refería a ella, como si el tiempo se hubiera detenido en el momento en que la enfermedad se llevó a su esposa. La muerte marcó la niñez de Adelaida; fue un

punto de inflexión entre una infancia feliz y otra opaca y silenciosa. Su casa permaneció con las persianas cerradas. En los grandes salones, los muebles añosos estaban siempre cubiertos por una fina capa de polvo. Tenían olor rancio y sus telas estaban percutidas. En el pasillo que comunicaba las tres habitaciones del antiguo caserón con el patio interno, la atmósfera era densa. Cuando Adelaida lo transitaba contenía la respiración por miedo a que sus pulmones se taparan con ese aire tan espeso como el humo del tabaco que, a escondidas, fumaba su tía Emperatriz. Cada bocanada de ese cigarro armado torpemente parecía impregnado de libertad y rebeldía. Solo cuando fumaba, el rostro de Emperatriz reflejaba signos de juventud.

La infancia de Eusebio Gutiérrez fue muy distinta a la de Adelaida. Hijo único, fue criado rodeado de amor y contención. Su padre Manuel, un hombre sencillo, había heredado una importante librería ubicada en la calle principal de Bilbao. María, su madre, era una mujer cálida que se dedicaba a las labores del hogar con aplicación y entusiasmo. Se encargaba, también, de la educación del niño que, inteligente como ella, aprendió a leer y a escribir a la perfección a los cuatro años. Su padre le traía los últimos fascículos que llegaban a la librería y él los leía con fascinación en pocos días.

La familia Gutiérrez vivía enfrente de la vieja casona. Se mudaron al barrio cuando Eusebio estaba por cumplir su primer año. Por ese entonces, la madre de Adelaida cursaba los últimos meses de embarazo. La

casa era pequeña pero confortable. Contaba con una cocina amplia donde la familia pasaba la mayor parte del día. Olía siempre a chocolate caliente recién preparado. Una ventana grande iluminaba el ambiente. Todas las mañanas María la abría para sentir la brisa fresca sobre su rostro. Cerraba los ojos unos segundos y disfrutaba ese instante de calma. Al abrirlos contemplaba el vasto parque. Una vereda de adoquines era la brújula que marcaba el rumbo hacia un aljibe ubicado, exactamente, en el centro del terreno. Usaban el agua para riego. Los frutales estaban a la derecha del aljibe y en el fondo se observaba una huerta donde María cultivaba las verduras y hortalizas de estación. Era su pequeño paraíso.

Adelaida adoraba ir a lo de Eusebio. Allí podía hablar en voz alta, reír a carcajadas, sentarse en los sillones, pisar el pasto, abrir las ventanas, cuestiones implícitamente prohibidas en su hogar. María les preparaba chocolate cremoso en invierno y mientras Eusebio leía libros en voz alta, Adelaida viajaba por ciudades recónditas, se asustaba con animales para ella inexistentes o quedaba estupefacta contemplando la belleza de una obra de arte. Así transcurrían, una tras otra, las frías tardes de enero. Cuando los primeros rayos de sol confirmaban la proximidad de la primavera, colocaba en una canasta de mimbre galletas y zumo de frutas y los sacaba a jugar al aire libre. Sólo su ropa negra le recordaba el luto interminable. Era feliz en lo de los Gutiérrez.

María parecía la hija de Emperatriz a pesar de que tenían prácticamente la misma edad. Eran grandes amigas. Cuando Adelaida no estaba, la tía aprovechaba para hacer la limpieza de la casona, ir al mercado o escribir. Era una escritora aceptable. Le gustaba inventar historias para compartirlas con los niños. Los transportaba a mundos mágicos, con personajes fascinantes. Sus cuentos siempre tenían un final feliz. Demasiada desdicha padecía su sobrina como para contar historias trágicas. Encontró en la escritura, además, la manera de llenar su corazón vacío con personajes que eran una buena compañía para su soledad.

Al cumplir dieciséis años, Eusebio comenzó a trabajar en la librería junto con su padre. Manuel temía que su familia quedase desamparada si algo le sucediera y creyó conveniente preparar a su hijo en el negocio. Rápidamente se hizo cargo de las tareas administrativas, la organización de los libros en las bibliotecas y los trámites y gestiones bancarias.

Con su primer sueldo le regaló a Adelaida un perfume con aroma a jazmín que era la flor preferida de la joven. Hacía años que no recibía un presente, salvo de parte de su tía, quien, como no contaba con ingresos propios, adquiriría chucherías en la feria con los vueltos que le sobraban de las compras en el mercado, o eventualmente le obsequiaba alguno de sus cuentos.

Como la mayor parte del día Eusebio se encontraba trabajando, el tiempo compartido con su amiga se redujo limitándose a los fines de semana o cuando, ocasionalmente, la

invitaban a cenar a lo de los Gutiérrez, siempre escoltada por la tía Emperatriz. En esos acontecimientos una fragancia a jazmín perfumaba el ambiente.

Al verse con menos frecuencia, los jóvenes comenzaron a extrañarse. El cuerpo de niña de Adelaida iba modificándose con la misma rapidez con que lo hacían sus efervescentes hormonas. Comenzaron a mirarse diferente, a descubrirse, a experimentar con sus cuerpos jugando como niños, explorándose, deseándose.

Poco a poco, la inocente amistad que los unía desde la cuna se transformó en un incipiente amor, que el destino se encargaría de convertir en una historia sólida y para toda la vida, que se multiplicaría y crecería, sumando a su rutina tres piedras preciosas: sus hijas Esmeralda, Perla y Gema.

